



El silencio de una despedida

Qué extraño ha sido mi destino.

Siempre solo.

Sentado entre tantas mujeres.

Nunca en el centro.

Solo un invitado.

A decir verdad, ese papel nunca me resultó incómodo.

Había otra cosa que siempre atraía mi atención.

Algo que las mujeres toman sin pedirlo.

No el dinero.

Eso siempre ha sido lo menos interesante.

Toman la atención.

La curiosidad.

Los pensamientos.

Fragmentos de tiempo.

Porciones enteras de tu energía cognitiva.

Y la mayoría de las veces lo hacen sin siquiera darse cuenta.

La primera regla siempre siguió siendo la misma.

Hacerlas sonreír.

Pero sin comportarse como un necio.

Porque hay una gran diferencia entre el humor y la estupidez.

El primero abre una conversación.

La segunda la cierra.

De lo contrario, incluso la cena más elegante acaba por convertirse en poco más que una comida rápida.

Fue entonces cuando empecé a exponer mi teoría antropológica personal del acero.

Esperaba sonar creíble.

No necesariamente ser creído.

Imaginé una mañana lejana.

Un hombre había abandonado su cueva para acudir a una cita romántica.

Pero su compañera no tenía intención de dejarlo marchar.

Lo siguió a través del bosque.

Quería saber adónde iba.

Con quién.

Y por qué.

En aquellos tiempos todos eran libres, y la promiscuidad aún no había sido inventada por los sociólogos.

En cierto momento se puso furioso.

Cogió una piedra y la arrojó hacia la mujer para ahuyentarla.

La piedra golpeó una roca.

Una chispa.

Luego otra.

Luego humo.

El viento hizo el resto.

Y nació el fuego.

La cita romántica terminó de inmediato.

Lo que había sucedido era demasiado importante.

Aún no estaba descrito en ningún manual.

Ni siquiera en los manuales de Amazon.

Había que observarlo.

Comprenderlo.

Usarlo.

Las mujeres en la mesa escuchaban en silencio.

Nadie comía.

El camarero tuvo que llevarse las sopas de vuelta a la cocina y recalentarlas por segunda vez.

Entonces ocurrió algo aún más curioso.

Varias parejas sentadas en las mesas cercanas acercaron sus sillas a la nuestra.

Parecía una función de teatro.

Y sin embargo, yo solo quería hacerlas sonreír.

Ese fue el momento en que dejé de ser creíble.

Y pasé a ser creído.

Estaba contando una historia que nadie había escrito jamás.

Una posible historia de nuestros antepasados.

Me detuve.

Miré a Maggy.

«¿Quieres que continúe?»

No vaciló ni un segundo.

«Sí, magnífico hijo de perra.»

Y todos estallamos en carcajadas.

Luego continué.

Con el fuego, la mujer empezó a comprender que aquel descubrimiento podía usarse para la comida.

El calor cambiaba los sabores.

Transformaba la naturaleza misma.

Sin darse cuenta, la esperanza de vida humana, que apenas alcanzaba los veinte años, se desplazó lentamente hacia los cuarenta.

El fuego la había duplicado.

La contaminación bacteriana disminuyó.

Las infecciones retrocedieron.

El cuerpo humano ganó tiempo.

Entonces, una tarde cualquiera frente a una cueva, aquella misma mujer recogió unas cuantas piedras.

Las examinó de cerca.

Las golpeó entre sí.

Las estudió.

Sin altos hornos.

Sin acerías.

Sin ingenieros.

Emprendió el largo viaje que finalmente conduciría al metal.

Y más tarde, al acero.

Por esa razón, de no haber sido por una mujer, hoy yo no estaría aquí.

Nunca os habría conocido.

Nunca os habría apreciado.

Nunca habría podido envolver dentro de una despedida aquello en lo que me he convertido.

La mesa permaneció en silencio.

Un silencio distinto a todos los demás.

No era el silencio de la expectación.

Era el silencio de la despedida.

Miré a Maggy.

Miré a su hija.

Miré a sus nietas.

Y comprendí que no me estaba despidiendo de una familia.

Me estaba despidiendo de una historia.

Familia Wilkinson

Sois bienvenidos.

Me levante y me aleje.

Porque nunca pude soportar las lágrimas de una mujer.

Ferdinando Frega

Gillette Man nn